

Marta Romer

Transmisión del idioma materno en las familias de migrantes indígenas

Este trabajo presenta algunos resultados preliminares de la investigación acerca de la transmisión cultural en las familias de migrantes indígenas mixtecos y mixes, radicados en la zona metropolitana de la ciudad de México, y en particular el problema de la transmisión de la lengua materna a los hijos.

Frecuentemente el idioma es considerado como el principal indicador de la identidad étnica (Horowitz, 1975) y en este sentido es utilizado como criterio censal para determinar la pertenencia a un grupo étnico. Si bien el hecho de privilegiar la lengua como rasgo indispensable de identidad ha sido habitualmente objetado, difícilmente podría ser cuestionada su importancia como uno de los elementos centrales de una cultura. Sin extendernos a discutir la relación entre la identidad étnica y la lengua, conviene recalcar que incluso autores que no dan demasiada importancia a la lengua como indicador de la identidad étnica reconocen su importancia dentro de la cultura de un grupo. Guillermo Bonfil, por ejemplo, subraya que el idioma expresa la visión peculiar del mundo, el pensamiento creado por el grupo durante su historia, actitudes con significado específico, sentimientos, etc. (Bonfil, 1987:46). Varese acepta que la lengua puede ser el "índice sintético de la entidad", la "matriz de la identidad", aunque pueden darse casos de adscripción étnica sin que se hable la lengua del grupo (Varese, 1983).

Desde el punto de vista lingüístico, según apunta Valiñas, el lenguaje tiene una doble dimensión: la dimensión nominal que se refiere al nombre y al conjun-

to de valores que identifican la lengua y el grupo que la habla, y en éste como marca de identidad; y la dimensión social como elemento unificador, pero también individualizador en la medida en que la relación entre hablantes es de diálogo, además de intercambio.

La lengua como instrumento que expresa la relación verbal y social entre los individuos es también un recurso de reelaboración de la identidad: codifica el pensamiento y es la memoria colectiva; tiene acción comunicativa y genera relaciones interpersonales; tiene función identificatoria y función ideológica en cuanto interpreta la realidad (Valiñas, 1996).

En tanto rasgo diacrítico de una cultura, la lengua es un elemento diferenciador de grupos étnicos o sociales y junto con muchos otros aspectos culturales comparte la condición en que se encuentra el grupo dentro de una sociedad mayor. Como subraya Aguirre Beltrán:

el valor social de una lengua corresponde al estatus social del grupo que la habla (de la comunidad de habla) y el rol super o subordinado que éste desempeña. El valor social de las lenguas indígenas es ínfimo como bajo es el estatus en que se encuentran colocados los grupos étnicos nativos y subordinado es el rol que juegan dentro de la sociedad nacional (Aguirre Beltrán, 1982:96).

Las relaciones asimétricas entre los grupos indígenas y la sociedad nacional implican que la interacción étnica se realiza dentro del marco de las instituciones

del grupo mayoritario dominante. En estas condiciones el hecho de ser indígena puede representar una desventaja para ascender socialmente (Barth, 1976:39-40). Por otra parte, si el modelo de relaciones es de tipo discriminatorio, podrá producir una identidad negativa entre los miembros del grupo étnico minoritario, una desvalorización de su propia cultura o un sentimiento de inferioridad frente al grupo dominante (Cardoso de Oliveira, 1971:941).

El grado de interiorización del estigma étnico aparece más claramente en situaciones de migración rural-urbana cuando los indígenas migrantes tratan de incorporarse al nuevo medio, de mejorar las condiciones de vida de sus familias y en particular de preparar un buen futuro a sus hijos. Aunque ya no se trate de comunidades sino de individuos, y en este sentido no se podrá hablar de relaciones interétnicas sino más bien de relaciones personales, la asimetría de las relaciones a nivel de la sociedad produce preconceptos y estereotipos que son consumidos por los miembros de ambos grupos y que se reflejan tanto en la manera de ver y tratar al indígena, como en la forma en que éste visualiza y valora su propia cultura en función de sus expectativas y aspiraciones.

De hecho, la imagen que muchos habitantes de la ciudad tienen del indígena, y en particular de los oaxaqueños, refleja un estereotipo negativo, lleno de prejuicios, donde el "indio" es sinónimo de un ser no civilizado, ignorante, tonto, sucio, etc. La identidad indígena, como también sus tradiciones y costumbres, y en especial la lengua que utiliza en sus relaciones internas, frecuentemente son menospreciadas y burladas, de manera que llegan a significar un estigma y una desventaja para operar e integrarse al medio.

Ahora bien, el valor de la lengua como parte fundamental del patrimonio cultural de una persona adquiere relevancia particular en situaciones migratorias, cuando se da la separación del territorio por parte del grupo inmigrante y se dificulta la reproducción de muchos elementos culturales en el medio urbano. Es entonces cuando la lengua permite recrear la relación entre personas que comparten la misma cultura y crear un espacio étnico en cualquier circunstancia y lugar.

La lengua es por excelencia también un instrumento de transmisión de una cultura a los hijos, un verdadero vehículo cultural. En la medida en que la transmisión se elabora en el contexto familiar, la lengua y el hecho de hablarla representa la esfera íntima de la per-

sona. Como instrumento de endoculturación con el cual se aprende la cultura, no es un instrumento intercambiable. En este sentido podríamos plantear la hipótesis de que generalmente la transmisión cultural se verá limitada si no está acompañada de la transmisión del idioma en el que se expresa una visión de las relaciones entre los hombres y con el mundo que los rodea. Asimismo, el hecho de conocer o no la lengua materna será significativo para el tipo de recreación étnica que podría darse en el medio urbano en la generación de los hijos de los migrantes.

La transmisión de la lengua materna a los hijos de familias migrantes mixtecos y mixes

La información recogida de unos 60 jóvenes y adultos, hijos de migrantes indígenas mixtecos y mixes (entre las edades de 15 y 30 años), en relación con la transmisión y el uso del idioma de sus padres demuestra una situación bastante crítica. La mayoría de ellos no habla el idioma materno y apenas entiende algunas palabras, incluso algunos afirman no entender ni saber pronunciar nada; hay casos excepcionales en que un joven es capaz de comunicarse en este idioma con sus padres, mientras que un grupo relativamente limitado puede seguir vagamente la conversación entendiendo su sentido general, gracias sobre todo al empleo de palabras en español que se incorporaron al idioma indígena.

Lo interesante de esto es que los padres muy frecuentemente se comunican entre ellos en su propio idioma; también lo hablan con sus amigos paisanos y familiares. Los hijos están al margen de estas conversaciones, en ocasiones intentan seguir su sentido pero pronto se desesperan porque les resulta difícil entenderlas.

En casi la totalidad de los casos, los padres hablaron siempre en español a sus hijos, independientemente del grado de uso de este idioma; incluso algunas madres que llegaron a la ciudad prácticamente monolingües y apenas estaban aprendiendo el español, trataban de hablar en este idioma a sus pequeños hijos. Obviamente la elección de una pareja que no sea del mismo grupo étnico comprometía aún más la transmisión del idioma a los hijos, además de que en el hogar no se podía dar la comunicación en la lengua étnica.

Se observa una clara actitud de no enseñar el idioma materno a los hijos antes de que aprendan el español o por lo menos no privilegiar la lengua étnica fren-



Migrantes mixtecos. (Foto de César Ramírez, Fototeca del INI.)

te al idioma nacional. En un caso extremo el padre prohibió hablar el mixteco en la casa; su esposa podía comunicarse en este idioma con sus hermanos, fuera de la casa o en la ausencia del marido, pero obviamente nunca lo hizo con sus hijos.

Estas limitaciones para transmitir la lengua vernácula a los hijos no empieza en la ciudad. Hemos recogido algunas experiencias de los mismos padres quienes de niños “recibían palos” si hablaban el idioma nativo en su casa, además de ser castigados si esto sucedía en la escuela. En Totontepec, hace 40 años los niños de primaria que pronunciaban palabras mixes en la escuela eran castigados cada viernes: tenían que quedar de rodillas con los brazos levantados el tiempo calculado según el número de palabras pronunciadas durante la semana; otros niños los espiaban y llevaban el registro.

En la situación migratoria que enfrentan los indígenas en el medio urbano tanto en las condiciones de discriminación social y cultural como en el estigma interiorizado que muchos de ellos traen a la ciudad, la transmisión de la lengua y su aceptación por los hijos se

vuelven aún más difíciles. Por un lado, los padres no insisten demasiado en enseñarles su idioma porque consideran que primero deben aprender bien el español; la creencia de que hablar un idioma indígena impide hablar bien en español o deja un acento que puede ser motivo de burlas funciona como una justificación no siempre confesada. Por otra parte, algunos consideran que su lengua no les es de ninguna utilidad en la medida que ya son “urbanos” y nunca vivirán en el pueblo, “mejor que estudien el inglés”. En todo caso esperan enseñarles el idioma más tarde, cuando ya sepan bien el español. Resulta, sin embargo, que al pasar el tiempo los hijos cuando no pierden el interés en aprender la lengua de sus padres, tienen mucha dificultad para pronunciar sonidos que no existen en español.

La actitud de los padres puede explicarse en parte por el modelo de migración de tipo “promocional” y definitiva, donde se trata de mejorar la posición económica y social de la familia y sobre todo ofrecer un buen futuro a los hijos, libre del estigma étnico. Esta actitud parece prevalecer sobre el deseo de permanen-

ANTROPOLOGÍA

cia o continuidad étnica en la ciudad. No hay que olvidar que los mismos padres, desde que llegan a la ciudad, viven un proceso de aculturación más o menos intenso, lo que explica también su tácita aceptación de que sus hijos sean totalmente urbanos.

En el proceso de transmisión y eventual adquisición del idioma materno hemos observado dos situaciones dependiendo de la edad de los hijos:

a) Los hijos mayores cuando eran niños entendían e incluso hablaban un poco la lengua materna, con la que se comunicaban sus padres recién llegados a la ciudad, debido muchas veces al deficiente conocimiento de éstos del español. Al iniciar la primaria los niños mejoran el conocimiento y la práctica del español, de manera que se les hace más fácil hablar en este idioma, mientras que se va reduciendo su manejo de la lengua materna. También en la escuela se percatan de los prejuicios que manifiestan sus com-

pañeros contra todos los que no se expresan correctamente en español y muchas veces tienen que enfrentar burlas y ofensas debido a su origen indígena. Los jóvenes se sienten avergonzados y tratan de borrar su diferencia asimilándose lo más posible a sus compañeros; es cuando empiezan a negarse a contestar a los padres en su idioma para comunicarse sólo en español. De esta forma se va perdiendo su capacidad de pronunciar los complejos sonidos y se va olvidando el reducido vocabulario ya adquirido por falta de práctica; sólo logran comunicarse en la lengua materna cuando pasaron su niñez en el pueblo.

b) En cuanto a los hijos menores (puede haber una diferencia de hasta más de 10 años con los mayores) en la época en que nacieron, sus padres ya hablaban mejor el español y se comunicaban en este idioma con los hijos mayores, por lo que no tuvieron la misma oportunidad de aprender el idioma materno



Migrantes mixtecos. (Foto de César Ramírez, Fototeca del INI.)

que sus hermanos. Estos jóvenes entienden ciertas palabras de uso cotidiano, pero a veces ni siquiera éstas. Además, los hijos menores en general fueron al kínder por lo que su proceso de socialización en la cultura nacional se dio más temprano junto con un mejor dominio del español. En términos generales, estos jóvenes están más alejados de la comunidad y de la cultura étnica que los mayores y demuestran menos interés por ellas.

El hecho de que los hijos no hablen el idioma étnico es un tema delicado para los padres, quienes en general se justifican diciendo que los hijos no quisieron aprender su lengua, y raras veces admiten no habérselas enseñado desde pequeños; pero cuando intentan hacerlo posteriormente es demasiado tarde, porque los hijos están en la escuela y no tienen interés en aprenderla; de igual forma va disminuyendo su capacidad para pronunciar los complicados sonidos mixtecos o mixes. Hay que tener en cuenta que además del poco o nulo interés en enseñar la lengua étnica a los hijos existe otra dificultad real: la poca comunicación entre los niños y los padres; éstos están muy ocupados en el trabajo y los quehaceres del hogar, de manera que el intercambio de palabras se reduce a órdenes y prohibiciones y raras veces se trata de conversaciones continuas y prolongadas.

Es interesante observar el papel de los abuelos, sobre todo de las abuelas, en lo que se refiere a la transmisión cultural y en particular del idioma. Algunos jóvenes cuentan que fue la abuelita la que insistió en que aprendieran la lengua de los ancestros por el temor de verlos perdidos para la comunidad. Cuando los abuelos son monolingües constituyen un estímulo para que los nietos adquieran rudimentos de la lengua materna y puedan comunicarse con ellos. Hay casos en que la conversación se hace en dos idiomas, cada una de las partes hablando un idioma diferente (p.ej. español y mixteco), pero entendiendo el otro.

El problema de hablar o no la lengua aparece en toda su magnitud al discutir el problema de la identidad étnica de estos jóvenes nacidos en la ciudad; frecuentemente ellos mismos ven el desconocimiento de la lengua de sus padres como el principal obstáculo para poder identificarse con la comunidad étnica de origen. Se dan cuenta de que la imposibilidad de comunicarse con la gente de la comunidad en su propio idioma los imposibilita para penetrar en el mundo cul-

tural étnico del que pueden apenas recoger algunos elementos observables o los que alguien les explique. En edad adulta muchos de estos jóvenes, una vez superada la crisis de identidad de la adolescencia y cuando han recuperado el orgullo de su origen, empiezan a valorar la cultura ancestral de la que saben muy poco. Reconocen que les gustaría aprender a hablar la lengua de sus padres pero se dan cuenta que la dificultad para lograrlo es muy grande, además de que sus ocupaciones no les dejan tiempo libre para dedicarlo al estudio del idioma étnico.

Conclusiones

Esta breve exposición concerniente a la transmisión de la lengua materna en las familias de migrantes indígenas plantea una serie de interrogantes acerca de la continuidad de estos grupos que decidieron establecerse definitivamente en la ciudad. Hemos podido constatar que la presencia de múltiples espacios étnicos recreados por las familias migrantes en la ciudad no siempre garantiza la participación en ellos de sus hijos, especialmente a partir de la adolescencia, cuando los jóvenes optan por sus propios grupos de referencia, debido, entre otros factores, al desconocimiento del idioma étnico. El hecho de no hablar la lengua materna limita, cuando no elimina totalmente, la posibilidad de comunicarse con personas del mismo grupo étnico en determinadas circunstancias (por ejemplo en las juntas de la asociación mixe, durante las visitas al pueblo de los padres, cuando hay visitas familiares, etcétera).

El estigma interiorizado por los padres y sus bajos niveles de escolaridad, por un lado, y las actitudes negativas con las que se enfrentan comúnmente los niños indígenas en las escuelas primarias y secundarias, que originan sentimiento de vergüenza y negación de su cultura, por otro, son en gran parte los responsables de esta situación. Si bien en el fondo la mayoría de los padres desean que sus hijos hablen su lengua, no hacen lo necesario para enseñárselas desde la edad temprana y esperan hacerlo más tarde cuando ya hablen bien el español. Vista la poca utilidad práctica del idioma indígena para los hijos que viven en la ciudad, y puesto que sólo realizan visitas esporádicas al pueblo donde de todos modos hay personas bilingües, resulta muy difícil que lo puedan aprender cuando ya están en la

escuela—institución que les transmite los valores de la cultura nacional—. Cuando posteriormente se les despertó el interés por el idioma y la cultura de sus padres ya han perdido gran parte de su capacidad para aprenderlos, además de que sus ocupaciones difícilmente se los permitirían. Si bien el hecho de haber nacido en la comunidad determina su pertenencia a ella, el conocimiento del idioma a veces es considerado como equivalente —en el caso mixe—, de manera que los hijos nacidos en la ciudad y que no hablan la lengua materna, por principio no son considerados como miembros de la comunidad étnica.

Dentro del grupo de los mixes de Totontepec radicados en la zona metropolitana existe, sin embargo, la preocupación y el deseo de no perder su lengua en la ciudad para que sus hijos recuperen el idioma materno; esto quedó externado formalmente en la ceremonia del cambio de la mesa directiva del Grupo Solidario Totontepecano, en junio de 1997. Ahí también se habló de la necesidad de organizar cursos del idioma mixe para los hijos, con un maestro especializado y un método apropiado. Esta preocupación se debe a la inquietud de “¿qué va a pasar con el grupo en el futuro, su relación con el pueblo de origen, cuando los padres envejezcan y serán sus hijos quienes deberán remplazarlos?”

Este ejemplo ilustra la importancia de la transmisión de la lengua materna en la ciudad no sólo como elemento cultural trascendente, sino también como un mecanismo que podría garantizar la continuidad de la

relación con la comunidad étnica de origen de los migrantes. En la situación actual esta relación podrá sostenerse gracias a los nuevos contingentes de migrantes que llegan a la ciudad, más que al interés de la generación de los hijos nacidos en la ciudad.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *El proceso de aculturación*, México, CIESAS (Casa Chata núm. 15), 1982.
- Barth, Fredrik, *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, FCE, 1976.
- Bonfil, Guillermo, *México profundo, una civilización negada*, México, SEP/CIESAS, 1987.
- Cardoso de Oliveira, Roberto, “Identidad étnica, identificación y manipulación”, en *América Indígena*, Instituto Indigenista Interamericano, vol. XXXI, núm. 4, México, 1971, pp. 923-953.
- Horowitz, Donald L., “Ethnic Identity”, en N. Glazer y D. Maynihan (eds.), *Ethnicity, Theory and Experience*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1975, pp. 111-127.
- Romer, Marta, *Comunidad, migración y desarrollo. El caso de los mixes de Totontepec*, México, Instituto Nacional Indigenista (Serie Investigaciones Sociales, núm. 10), 1982.
- Valiñas Coalla, Leopoldo, “La doble dimensión de la lengua en los procesos de identidad”, en *Identidad*, III Coloquio Paul Kirchhoff, México, IIA, 1996.
- Varesa, Stefano, *Indígenas y educación en México*, México, CEE, 1983.